

La figura del Duque de Borbón en la *Comedia del Saco de Roma* de Juan de la Cueva: historia y drama

Ana Vian

Universidad Complutense
Instituto Universitario Menéndez Pidal
avihe@filol.ucm.es

Studia Aurea Monográfica 1 (2010)
<URL: <http://www.studiaaurea.com/articulo.php?id=136> >

Resumen

A partir del tratamiento del personaje del Duque de Borbón en la *Comedia del saco de Roma* de Juan de la Cueva, se analizan los intereses dramáticos y políticos del autor —evidenciados al compararlos con los sucesos históricos—, así como sus motivos para revivir un acontecimiento cuyo significado era de especial interés en el contexto político de 1580.

Palabras clave

Duque de Borbón, Saco de Roma, Juan de la Cueva, *Comedia del Saco de Roma*, historia, drama.

Abstract

The figure of the Duke of Bourbon in the Comedia del saco de Roma by Juan de la Cueva: history and drama

Concentrating on the characterisation of the Duke of Bourbon in the *Comedia del saco de Roma* of Juan de la Cueva, this analysis focuses on the dramatic and political intentions of the author that become apparent when the play is compared with the historical events. The significance of Cueva's motives in reviving this historical event in the political context of 1580 is also examined.

Key words

Duke of Bourbon, Sack of Rome, Juan de la Cueva, *Comedia del Saco de Roma*, history, drama.

Al estudiar la literatura ‘noticiera’ tanto española como de los restantes países europeos implicados en los sucesos del saqueo de Roma de 1527, una primera y elemental conclusión se impone al investigador: no todas las obras que toman ese hecho histórico como materia de creación son realmente ‘noticieras’, es decir, compuestas al calor de los hechos y con fuentes de primera mano, al margen del partido ideológico al que se adscriban.¹ Una de las excluidas es, sin duda, la *Comedia del saco de Roma* de Juan de la Cueva (1579), escrita medio siglo después de los acontecimientos, que el autor modifica en buena medida, templa en su aspecto horrorífico y no desea aprovechar en todo su alcance trágico, como otros hicieron;² no pretende la reconstrucción arqueológica de ese pasado, como tampoco lo hace en los otros dramas de tema nacional. Sin embargo, ahí precisamente reside, por contraste, su interés: en analizar su aportación al drama histórico —probablemente la mayor innovación de la obra teatral de Cueva—, valorando cómo imbrica la ficción con la historia; el dramaturgo actualiza el pasado con intenciones nuevas, gracias a recurrir a los aspectos más conocidos del hecho histórico y a añadir otros sucesos secundarios, y de su propia musa, que permiten implicar al espectador en la representación con avisos de distinto signo.³

A la vista de la línea argumental establecida por Cueva no es necesario suponer unas fuentes de información recónditas, asunto del que me he ocupado en otro lugar:⁴

Borbón, de nación francesa, capitán general de nuestro invito Emperador Carlos Quinto, movido de su libre determinación, movió el campo contra la ciudad de Roma, para quererla saquear, y prosiguiendo en su horrible pensamiento, fue entrada la ciudad y puesta a saco. Muriendo Borbón en el primer recuento, sin perdonar los luteranos (que era el mayor número del ejército) cosa profana ni divina en que no pusiesen sus violentas manos, acabando de hartar su furia, dexando casi destruida a Roma, endereçaron su camino a Bolonia, adonde le fue después de algunos días dada a nuestro César la corona imperial.⁵

1. He estudiado el corpus de textos de esa literatura en diversos trabajos, y a ellos remito para la inmensa y sólo básica bibliografía primaria y secundaria que el tema ha generado: Vian Herrero (1994, 1996, 1997, 1999, 2005a y 2005b).

2. Ello acarrea el juicio muy desfavorable de Fernández Murga (1979: 66-67).

3. Para Sito Alba (1983: 329) la *Comedia del saco de Roma* sí «representa una valiosa aportación. [...] Creo que es una de sus creaciones de mayor interés. He de insistir que en nuestra valoración cuenta ante todo la eficaz contribución del texto escrito a la representación». Guerrieri Crocetti (1936: 62) encontraba mayor interés

en el desarrollo de los acontecimientos y la sucesión de grandes cuadros escénicos que en los caracteres. Cabe reconsiderar el interés de los caracteres, y la trascendencia de su tratamiento ideológico, en casos como el de Borbón o, más aún, el de Ferrante Gonzaga.

4. Vian Herrero (2006).

5. *Comedia del Saco de Roma* (1917: 54). Cito siempre por esta edición poniendo en adelante número de página entre paréntesis. Modernizo grafías no pertinentes y puntuación; hago correcciones evidentes a lecturas erróneas de edición o de división morfológica de las palabras.

Si bien las inexactitudes comienzan en este mismo argumento general, los hechos se evocan en sus líneas más conocidas (cerco de las tropas a la ciudad santa, muerte de Borbón en el asalto, saqueo de la ciudad, retirada del ejército, coronación imperial de Carlos V en Bolonia). Para estos recuerdos —y más en ámbito ilustrado, como es el de Cueva—, basta sencillamente con la memoria colectiva oral; en todo caso, algunas de las obras noticieras de éxito indiscutible desde el mismo año de 1527 y sucesivos circulan de forma natural,⁶ y también algunas crónicas, quizás una en particular por su éxito fulminante: la muy polémica de Paolo Giovio, que contaba con dos traducciones castellanas recientes.⁷ Cueva en cambio no se interesa por el rigor de los hechos particulares y por la cronología a partir de fuentes identificables, y se impone su instinto de drama-

6. Para los textos citados y sus vicisitudes ver Vian Herrero (1994: 147-176). Entre otros el romance «Triste estaba el Padre Santo» (que aún sobrevive en la tradición oral hasta la edad contemporánea) y sus glosas. Cueva fue, como se sabe, muy proclive al uso de romances y crónicas en la composición de sus obras. En la medida en que los ciegos cantaban romances en los intermedios de las representaciones (Sito Alba, 1983: 327), no hay que descartar que este romance entretuviera a los espectadores de la *Comedia del saco de Roma*. En todo caso, consta que Cueva los valoraba: «Fueron siempre estas dos composiciones / tenidas en España en gran estima / hasta que entraron nuevas invenciones» (Cueva, 1965: vv. 151-153).

7. Entre las crónicas, aparte las oficiales de Pero Mexía y Santa Cruz, es importante contar con la *Historia* de Paolo Giovio: Iovii, *Historiarum sui temporis tomi duo*, 1555-1556 (y otra ed. en 1558-1560). Morby, en su tesis inédita (1936), que he podido leer gracias a la generosidad de Jean Canavaggio, sugería que Cueva conocía este texto y lo utiliza para la IV jornada. En su crónica latina, el polémico y antiespañol historiador italiano no se extendía sobre la catástrofe del saco, pues esa porción de la obra se perdió, a su decir, por los días del asalto de la ciudad; su obra fue muy popular, en especial cuando se tradujo en España, en dos ocasiones y con una reedición: por Gaspar de Baeça, *Historia general de todas las cosas sucedidas en el mundo en estos cincuenta años de nuestro tiempo...*, 1562-1563; (esta traducción se reeditó uniendo las dos partes en el título: [*Primera*] y *segunda parte de la historia general de todas las co-*

sas sucedidas en el mundo en estos cincuenta años de nuestro tiempo..., 1566). El segundo traslado es coetáneo de la edición salmantina de Baeça, realizada esta vez y adicionada por Antonio Juan de Villafranca: *Libro de las historias y cosas acontecidas en Alemania, España, Francia, Italia, Flandes, Inglaterra...*, 1562. Estas traducciones, por su popularidad pernicioso a los ojos de muchos, fueron las que decidieron a Jiménez de Quesada a escribir, c. 1567-1568, su *Antijovio* (ver est. prel. Ballesteros, 1991: lxxv), que permaneció inédito hasta 1952 (para más detalles, ver Vian Herrero, 2006). Destaco para los sucesos básicos elegidos por Cueva, la traducción española de las *Historiae* de Giovio en la versión de Antonio de Villafranca, 1562: «...y últimamente españoles, entrando por fuerza de armas en ella la saquearon, destruyeron y robaron en nuestros tiempos, haciendo esto los capitanes imperiales más por sus antojos y intereses y apetito que por mandado del Emperador. El cual como lo supo, según Su Magestad era religiosísimo, mostró gran sentimiento. Y como sintiese esto en grande extremo, envió cartas a todos los reyes cristianos diciendo en ellas que aquel desastre que sus exércitos habían hecho en Italia lo habían hecho contra su voluntad, y así lo mostró por experiencia, mandando soltar al Papa que estaba preso y volverlo en su libertad. Con el cual tomó tanta amistad que de sus manos lo coronó en Bolonia. En esta presa de Roma, saqueando los españoles la ciudad, los romanos pusieron las cosas más preciadas en las iglesias, pensando tenerlas allí seguras, aunque la furia de los soldados no perdonó a cosa ninguna» (Jovio / Villafranca, 1562: fol. iii.).

turgo. Su intento es más bien ofrecer una ‘verdad moral’, lo que hubiera podido ocurrir, como hizo Giraldi Cinzio en *Gli Hecatommithi*, otra ficción moral de signo distinto —trágico—, que toma el saqueo de Roma como marco renovado del de la peste de 1348 en el *Decamerón*, explotando todos los umbrales del horror colectivo e individual.⁸ Cueva, aunque no explota la tragedia, está, como una mayoría de dramaturgos del periodo, más interesado en la utilidad didáctica de la historia que en su verdad ‘objetiva’, y al igual que ellos usa el pasado como documentación para la teoría política coetánea, es decir, la historia —en frase ciceroniana de larguísima vida— como «maestra para la acción» política:⁹ los hechos se repiten con ligeras variaciones y, por eso, permiten extraer enseñanzas aplicables al estricto presente; si Dios castiga una mala acción, puede repetir su castigo. La dudosa condición ética de algunos mandos militares, su falsedad por ende, son valores morales que se dirigen a la realidad presente y, así, a los intereses del público. El teatro tiene una responsabilidad reformadora de los comportamientos, debe poner en guardia contra algunos modos de gobierno y, en este caso, contra maneras de hacer la guerra.¹⁰

La *Comedia del saco de Roma* sitúa la acción en el campo imperial, primero a las puertas de Roma [mayo de 1527], luego en el interior de la ciudad santa durante su profanación y saqueo (jornadas II y III), y —en la habitual forma episódica de Cueva—, sin transición, en Bolonia (jornada IV), adonde supuestamente se desplaza el ejército para la coronación imperial [febrero 1530]. Tanto la línea diegética de la comedia como el tratamiento de personajes tienen indudable interés si se comparan con los sucesos aludidos. Me limitaré aquí a considerar la figura del Duque de Borbón, uno de los caracteres relevantes en la primera parte de la obra, esencial también para el desarrollo de los sucesos históricos posteriores.¹¹

Es sugerente ver cómo se ha resuelto la conflictiva figura del Condestable, sobre cuyo papel histórico se ha debatido la bibliografía de varios países a lo largo de casi quinientos años.¹² El argumento general lo presenta decidido al asalto, como

8. Frolidi (1999: 18-22) se plantea la posibilidad de que conociera Cueva al menos la tragedia *Orbecche* (1545). Crawford (1920: 330-334) apunta parecidos entre *El degollado* de Cueva y una *novella* de Giraldi, que Morby (1937: 390-391, n. 11) discute.

9. Así lo ha visto Watson (1971: en especial 200-201): «Cueva, like almost all sixteenth-century writers of history plays (including Shakespeare), considered the didactic usefulness of history to be far more important than any intrinsic claim it might have to be a true record of past events» (1971: 200). Cueva «used the past as documentation for political theory and for the

light which it might throw on contemporary political problems and thus serve as a guide for present political behavior» (Watson, 1971: 4). Por eso todos modificaban sin rebozo los datos históricos para reflejar las alternativas de su propio tiempo con más claridad.

10. Hermenegildo (1994: 255) apunta que quizás el teatro de Cueva dejó de representarse por percibirse como no leal a la política oficial del trono.

11. Del personaje de Ferrante Gonzaga, probablemente el de más interés entre los mandos imperiales, me ocupo en Vian Herrero (2009).

12. Vian Herrero (1994: 15-48).

«movido de su libre determinación» (p. 54), pero los matices aparecen en seguida en la trama de la primera jornada: es su consejo de guerra el que le impone el asalto, pese a su propia posición inicial contraria (pp. 55-56), y a pesar también de la firme resistencia del capitán Morón (pp. 56-57); los soldados, españoles y alemanes, desean el saqueo que han recibido como promesa a su falta de pagas desde que salieron de Florencia (pp. 56, 59-61), y Fernando Gonzaga apoya con entusiasmo esa determinación (pp. 56-58, 63). Se desvela a un Borbón (y eventualmente a un Gonzaga), incapacitado para controlar a sus hombres y obligado al asalto si no quiere provocar la guerra civil en sus propias filas.¹³ Pero esta situación, que se corresponde en sus líneas más generales con la que se dio históricamente, se dramatiza con cuidado: la I jornada es la más atenta al planteamiento de causas y efectos y al diseño de caracteres, gracias a contrastes marcados en la acción: Borbón podría haber hecho caso tanto de los argumentos de Morón (que coinciden con los de todos los que criticaron el suceso, pp. 56-58, 63)¹⁴ como del mensajero de Roma que trae una promesa de paz a cambio de dinero (pp. 61-63);¹⁵ pero desoye a uno y a otro, y se escurre también de las preguntas vidriosas sobre la opinión de Carlos V

13. «D. Fer.- ¿No ves los alemanes quebrantados / morir por entregarse desta tierra? / ¿Los fieros españoles, alterados, / dar voces por el fin de aquesta guerra? / Si agora desto fueren desviados / y del deseo que su pecho encierra, / verías a los unos y a los otros / volver las fieras armas a nosotros [...]» (*Comedia del sacco de Roma*, 1917: 57).

14. «Cap. M.- [...] que administrar de Marte el violento / furor, no lo aconsejo, ni decreto, / contra el pueblo que Dios tien' elegido / para el vicario suyo instituido. / [...] Mirad que a Dios hazéis vuestro enemigo: / no os atreváis a él, que es poderoso / y vengará su injuria de tal suerte, / que el menor mal que os dé será la muerte» (*Comedia del sacco de Roma*, 1917: 56-57). Su controversia con Gonzaga no tiene desperdicio: «Pues quieres qu'el lugar que le fue dado / por Cristo a Pedro sea de ti asolado» (1917: 58). Y más adelante, introduciendo el argumento providencial: «Supliquemos a Dios qu' él dé el remedio, / así como también dará el castigo» (1917: 58). Y al final de la I jornada, cuando ya se decreta el asalto al amanecer, vuelve a negarse con análogos argumentos: «Cap. M.- Yo no, que no vendré a tales extremos. / Que no m' obliga a mí aunqu' est' obligado / servir a César, lo que aquí hazemos, / qu'es ir contra la iglesia y su precepto. / Borbón.- Sin ti vendrá nuestro deseo en efecto. / También aquí ninguno va a ofendella,

/ porque somos católicos cristianos. / Cap. M.- Ese camino no es de defendella / del rigor de los fieros luteranos. / Borbón.- No es aquesto dexar de obedecella, / pues vamos a ofender a los romanos / y a servir nuestro rey, y en este hecho / darle lo que demanda su derecho» (1917: 64).

15. El mensajero pide el levantamiento del cerco, aunque —muy significativo— reconoce las culpas de Roma («Esto pueda con vos, aunque haya sido / Roma culpada...», *Comedia del sacco de Roma*, 1917: 63), y alega que ir contra los cristianos es ir contra Dios: «Si el pueblo qu'es de Dios, si el qu'es cristiano / va contra Dios, y lo que manda en esto, / si a su vicario con violenta mano / asalta el luterano viendo aquesto, / ¿qué ha de hazer sino seguir su furia / y a nuestra iglesia hazer injusta injuria?» (1917: 62). Promete dinero para pagar las tropas, pero sin éxito; decepcionado, amenaza con la venganza de Dios: «A Dios ofendes y él dará vengança / al pueblo que amenaza tu potencia» (1917: 63). Watson (1971: 58) concede mucha importancia a esa alusión del mensajero a la guerra entre cristianos y castigo de Dios correlativo como paralelismo elocuente con el conflicto hispano-portugués, que Cueva repite en *El cerco de Zamora*; sin embargo cabe rebajar el énfasis, pues esos fueron también la queja y el dictamen generalizados entre los analistas del sacco, incluso hasta siglos contemporáneos.

al respecto.¹⁶ Se presenta a un Borbón impotente para manejar disciplinariamente la situación¹⁷ que él mismo ha creado,¹⁸ víctima a la vez del concepto de honor y ardor militares de los españoles,¹⁹ y obligado a poner por obra el asalto a la vista de las posiciones de Gonzaga (el alto mando del Consejo de Borbón más decidido al saqueo *ab initio*)²⁰ y de Avendaño (el soldado encargado de recordar a Borbón los compromisos contraídos con sus tropas y el peligro en el que está su misma autoridad, pp. 59-61). Por tanto, dos *agones* decisivos, protagonizados por Gonzaga + Avendaño *vs.* Morón, y Gonzaga + Avendaño *vs.* mensajero, alejan la posibilidad de consideración político-moral del hecho y permiten la decisión de Borbón del asalto de Roma, dado, en efecto, en la historia y en el drama, al amanecer.

Si cotejamos con la historia real, de acuerdo con los testigos de primera línea, la desobediencia del ejército fue un factor importante, pero no el único. Jiménez de Quesada también insiste, atribuyéndolo a Jovio, en el factor del descontrol de las tropas, en unos términos muy próximos a lo que dramatiza Cueva:

16. «[Cap. Morón.]- ¿A nuestro invicto César no molesta / tal destino? [Borbón.]- ¿Qué importa, si el violento/ furor se va esparciendo por las venas, / que están de ira y de corage llenas?» (*Comedia del saco de Roma*, 1917: 58). La pregunta de Morón «had just as much relevance to 1579 as it had to 1527», dice Watson (1971: 57).

17. «Testigos sois, oh ilustres capitanes, / cuán diferente en este hecho he sido / y con cuántos remedios los afanes / de la cercada Roma he defendido; / mas la gente española y alemanes, / sin haberse a mi ruego persuadido, / ponen la escala al romuleo muro / y me piden que dé 'l asalto duro. / No está en mi mano, ni su furia admite / en este caso parecer contrario: / todo a la ira y armas se remite [...] / Levántales los ánimos al hecho, / junto a su feroz naturaleza, / las rezientes vitorias...» (*Comedia del saco de Roma*, 1917: 56).

18. Dice el soldado Avendaño a Borbón: «Dexas morir los soldados / de hambre, sin más memoria / de conseguir la victoria / de los romanos cercados, / ¿y vasnos entreteniendo / con promesas no cumplidas, / por que acabemos las vidas / como mugeres, durmiendo? [...] Y si más nos entretienes, / hágote, Borbón, saber / que no te podrás valer / con todo el poder que tienes» (*Comedia del saco de Roma*, 1917: 59). Y más adelante: «Tú no nos dexaste usar / de la fuerça militar / que los soldados usamos. / A Bolonia y a Ferrara, / a Flaminia y

a Faencia, / ¿quién nos hizo resistencia / a que no se saqueara? [...] / Tú nos has ido a la mano, / apresurando el viage, / prometiendo gran pillage / de aqueste saco romano.» (1917: 60).

19. Dice al mensajero romano: «[...] Mas que, forçado en esto, el querer sigio / de la soberbia y española gente, / con la cual, ni por ruego ni castigo / se ha podido templar su furia ardiente, / y así digo qu' en esto no soy parte/ y no tengo respuesta otra que darte» (*Comedia del saco de Roma*, 1917: 63).

20. Véase, en especial, su enfrentamiento con Morón: *Comedia del saco de Roma*, 1917: 56-58; es quien emplea el argumento decisivo de saqueo o guerra intestina en las propias filas: «verías a los unos y a los otros / volver las fieras armas a nosotros. / Pues si han de hazer cruda matança / en los que estamos de su mesma parte, / ¿cuánto mejor será darles vengança / de nuestros enemigos? y dest'arte, / ensangrienten los bárbaros su lança / en Roma, y los de España en crudo Marte / pongan por tierra el muro de Quirino / hagan el pueblo igual con el camino./ Cap. M.- No vendré en tal acuerdo eternamente, / ni tal sentencia firmará mi mano./ D. Fer.- ¿Por qué razón, oh capitán valiente? / Cap. M.- Porqu' es respecto aqueste de cristiano.- / D. Fer.- ¿Soy de bando cristiano diferente? / Cap. M.- No digo tal, mas eres inhumano, / pues quieres que' el lugar que le fue dado / por Cristo a Pedro sea de ti asolado» (1917: 57-58).

Y que Borbón, prosiguiendo su propósito y pasando el Apenino por las montañas de Arezzo, encontró al virrey allí con él, y que la paz que traía concertada para que Borbón la aceptase, y la plática de ella, fue interrumpida con grita y voces de los soldados que no quisieron aceptarla, y que así Borbón, viendo esto, llevó adelante su camino, porque deseaba oprimir al Papa.²¹

Incluso a los ojos de los historiadores italianos, la travesía del ejército de norte a sur, con el enemigo tras sus talones y deficitarios de todo, provocó cierta admiración:

Era certo meravigliosa la deliberazione di Borbone e di quello esercito, che, trovandosi senza danari, senza munizione, senza guastatori, senza ordine di condurre vettovaglie, si metesse a passare innanzi in mezzo a tante terre nemiche e contro a nemici, che avevano molta più gente di loro; e più meravigliosa la constanza dei Tedeschi, che, partiti di Germania con un ducato solo per uno, e avendo tollerato tanto tempo in Italia con non avere avuto in tutto il tempo più che due, o tre ducati per uno, si metessero contro all'uso di tutti i soldati, e specialmente della loro nazione, a camminare innanzi, non avendo altro premio, o assegnamento, che la speranza della vittoria, ancorchè si comprendesse manifestamente che, riducendosi in luogo stretto le vettovaglie, e avendo gl'inimici propinqui, non potrebbero vivere senza danari. Ma gli faceva sperare e tollerare assai l'autorità grande che aveva il capitano Giorgio [Frundsberg] con loro, che proponeva loro in preda Roma e la maggior parte d'Italia.²²

El asunto fue de todos modos mucho más complejo. El papel jugado por el Duque de Borbón en los momentos inmediatos al asalto tiene interpretaciones muy diversas según los contemporáneos, distintas no sólo entre el lado español y el italiano, lo que sería esperable, sino incluso entre los mismos cronistas carolinos. El Emperador, según Santa Cruz, manda a Borbón cartas para que guarde la tregua que el Virrey había negociado con el Papa, y el Condestable lo interpreta como que «más era por cumplir que no para que se hubiese de guardar».²³ Santa Cruz justifica su conducta con dos argumentos básicos que cargan las tintas contra el enemigo: un intento frustrado de asesinar al Condestable por parte del ejército pontificio, en primera instancia; en segundo lugar, Borbón a las puertas de Roma trata de conciliarse con el Papa sin éxito, pues Clemente espera el socorro del ejército de la Liga.²⁴

El incumplimiento de la tregua por el Condestable encuentra explicación distinta en Pero Mexía: no se sintió obligado a esas paces pues «se avían fecho sin su consentimiento, seyendo él lugarteniente del Emperador e su capitán

21. Jiménez de Quesada (1991: 129).

22. Guicciardini (1875: 94).

23. Santa Cruz (1922: 287) y lo que sigue en (1922: 288-289).

24. De este intento de conciliación informa en carta a Carlos V Gian Bartolomeo Gattinara,

hermano del gran Canciller y miembro del Consejo de Borbón: «Lettera di raguaglio di ciò che successe nel sacco di Roma, scritta da un ufficiale dell'esercito di Borbone a Carlo V» [es G.B. Gattinara], en Milanesi (1867: 492-530); también en Rodríguez Villa (1875: 182 y s.).

general». ²⁵ Esta explicación, menos simplificadora que la de Santa Cruz, se acerca más a la que se desprende de la correspondencia diplomática imperial, a menudo en cifra, donde se aprecian las muchas y a veces sutiles diferencias y suspicacias que tienen entre sí los carolinos de Italia: el Duque de Borbón, descontento, pide al emisario del Virrey (Ferramosca o Fieramosca) que comunique él mismo a los soldados ese acuerdo; éstos se niegan a la paz y Borbón continúa con ellos. ²⁶ En términos análogos, y con nuevos matices, se expresa Jiménez de Quesada. ²⁷ El secretario Pérez informa a Carlos V de que Borbón no ratifica las capitulaciones por no haber sido avisado previamente, y Salazar afirma que la tregua ha sido un error por ese mismo motivo: «se cree

25. Mexía (1945: 461).

26. Rodríguez Villa (1875: 110-111). Escribía Fieramosca al Emperador: «Parecían leones rabiosos». Jovio, por su parte, afirma que aprovechando la falta de dinero del Papa «vino muy a tiempo de España a Roma Cesare Ferramosca capuano, el cual traía cartas del Emperador todas llenas de humanidad y de razón, y aquello que más importaba para doblar al Papa de religiosa escusa» (Jovio / Villafranca, 1562: fol. s/n vii vto. b). El emisario consiguió milagrosamente salvar su vida: «Borbón había perdido toda su autoridad sobre el ejército; destituido del consejo, veía delante de sí un caos, y sólo reinaba unanimidad en esta solución: ¡Adelante a todo trance! ¡Adelante hacia Florencia, adelante hacia Roma!» (Pastor, 1952: IX, 304). Y ya a las puertas de Roma: «En el monasterio de San Onofre, donde había establecido Borbón su cuartel general, el consejo de guerra decidió proceder al asalto de la ciudad leonina, sin más dilaciones, en las primeras horas de la mañana siguiente» (Pastor 1952: IX, 313). De nuevo la versión de Jovio sobre la firma de las paces entre Lannoy y el Papa: «Hízose la paz muy desdichada para la Iglesia, con esta condición que el Lanoy fuese a Toscana y hiziese volver atrás al Borbón que con los tudescos y españoles, habiéndose acompañado con él de todas partes hombres revoltosos y malos, se decía que venía a saquear a Roma. Porque Borbón había commovido los ánimos con esperanza de saquear aquella riquísima ciudad, a causa que los tudescos poco antes habían detenido sobre el río Menza el ejército de los enemigos, del cual era capitán el Duque de Urbino mientras que se esforçaba de no dexarlos pasar, habiendo sido muerto por gran desdicha

Ioan de Medices de un golpe de artillería [...] y siendo éste muerto tenían en poco la fuerza del Duque de Urbino y del Marqués de Saluzo que les venían detrás con el ejército veneciano y franceses. Encontróse, pues, Lanoya con Borbón, el cual por las montañas de Arezo pasaba el Apenino. Pero siendo desbaratado el razonamiento de los gritos de los soldados, los cuales no querían paz, Borbón prosiguió de tal manera su viage que con sola presteza esperó de poder fácilmente apretar al Papa que había fuera de tiempo despedido su gente y estaba desarmado y desposeído de guarnición» (Jovio / Villafranca, 1562: fol. s/n vii vto. b).

27. «Envío [...] aquel César Ferramosca [...] a Borbón, a notificarle el acuerdo, y halló al ejército alojado en Castil de San Juan, donde él ni Borbón, su superior, fueron de parecer de tomar la paz que les era propuesta, aunque algunos dicen que el Carlos Borbón aceptara aquellas treguas, sino que vio atreugados a los soldados y desatinados por ir a su demanda, y así no pudo, por excusar mayor mal, sino hacer lo que hizo en ir en su compañía. Que si es así o no, yo sé un día en que creo yo que lo sabremos, y hasta aquel entonces no se juzguen intenciones» (Jiménez de Quesada, 1991: 135). Cuando más adelante en Toscana volvieron a tratar sobre ello el virrey y Borbón, «el Borbón no quiso aceptar aquellas treguas y sobreseimiento de guerra» (Jiménez de Quesada, 1991: 135). A su juicio «no hubo quebrantamiento ninguno de treguas» porque el Papa la había quebrado primero: «Pues todos los derechos dan licencia que, al quebrantador de una fe y palabra, se le puede quebrar a él también la que se le diere» (Jiménez de Quesada, 1991: 136).

que ha sido causa de todo este mal, por no se haber dado antes parte della a Borbón». ²⁸ Consta que el Condestable escribió a Francesco Guicciardini, el lugarteniente del Papa, instándole a que subvencionara al ejército con dinero bastante como única forma que le permitiría a él hacerlo retroceder, ²⁹ y también el joven Montrichart, un probable borgoñón y colaborador del Príncipe de Orange, autor de una relación de sucesos, habla de un Borbón negociador frente a un Papa inflexible:

Ledict sieur de Bourbon avecq son armée, eulx estans arrivez auprès de Rome, fist sçavoir par ung trompette à nostre saint-père le Pape, comment il estoit arrivé là, et qu'il desiroit que bonne paix fust entre sa sainteté et la magesté de l'Empereur, et que tousjours il estoit bon vray filz de l'église, et seroit trop mary si inconvénié venoyt en icelle; pour ceste cause qu'il luy plust regarder quel traicté il voudroit faire avecq sa majesté, et que si c'estoit offre qui fust raisonnable, l'accepteroit, rendant l'empereur ce que par bon droict lui appartenoit.

Et quant ad ce qu'il se plaindroit n'avoir argent pour payer les cent et cinquante mille ducatz qu'il luy avoit demandé, qu'il attendroit huit jours, voire quinze, et feroit tant qu'il contenteroit l'armée; et qu'il eust bien à regarder et penser quel inconvénié seroit s'il entroit à Rome par force ou d'aultre voye rigoureuse.

Quelque remonstrance que l'on luy sceust faire, sa sainteté ne voloit entendre, ce que fort desplaet à Monsieur de Bourbon; et à son grant regret, se résolut faire donner l'assault. Mais auparavant icelluy il se confessa et ouyt messe par grande devotion, comme il avoit de bonne coustume. ³⁰

Una oferta de última hora de Clemente, que consistía, pues, en pagar ciento cincuenta mil ducados, fue descartada por el ejército, aparentemente sólo interesado en la cabeza del Papa. ³¹

28. Rodríguez Villa (1875: 38-39, 149).

29. Rodríguez Villa (1875: 111, 124, 182-183). (Coincide este documento de Rodríguez Villa con la *Lettera a Carlo V* ed. por C. Milanesi, 1867: 492-530; es por tanto sin duda obra de Juan Bartolomé Gattinara, hermano del Gran canciller). En pp. 497-498 de dicha *Lettera*, Borbón vuelve a aparecer proclive a negociar hasta el último momento; un azar (en forma de carta al Papa sin respuesta que cae en manos enemigas) sería responsable de la catástrofe.

30. *Coppie des nouvelles que le josne Montrichart a apporté de Rome anno 1527*, Reiffenberg (1843: 477-478).

31. Así piensa también Longhurst (1952: 6-7); no lo desmienten los testimonios coetáneos.

Desde los días en que los imperiales escaramuzaban a la altura de Bolonia, hay ya negociaciones, según Luigi Guicciardini: «Il pontefice in questo tempo non mancava (come molte volte aveva per il passato fatto) di praticare accordo con li agenti di Cesare» (Milanesi, 1867: 92). Incluso el Virrey de Nápoles volvió a ofrecer sin éxito una nueva suma de dinero procedente de Nápoles (Guicciardini, 1875: 100-101). Para Jovio: «Encontróse, pues, Lanoya con Borbón, el cual por las montañas de Arezo pasaba el Apenino. Pero siendo desbaratado el razonamiento de los gritos de los soldados, los cuales no querían paz, Borbón prosiguió de tal manera su viage que con sola presteza esperó de poder fácilmente apretar al Papa que había fuera de tiempo despedido su gente y estaba desarmado

La versión italiana de aquel comportamiento entra en nuevas sutilezas. Según el florentino Francesco Vettori, al recibir el ambicioso Borbón noticia del pacto entre el Virrey y el Papa, con orden de retirar el ejército a Lombardía, se sorprendió y tomó iniciativas por sí mismo:

[...] Borbone gli parve strano aver a ritirare lo esercito nello stato di Milano, del quale pensava avere a essere duca, e gli pareva, mentre vi stava questo esercito, che guastasse la città e il paese, ed esserne signore in nome, ma in fatto patroni ne fusino li soldati: e pensò d' ingannare il papa e il re, e sotto questo accordo procedere avanti, e trovare il papa sprovido di gente e di denari: e che, avendo fatto accordo, non avessi più a riunirsi con la lega.³²

Luigi Guicciardini, por su parte, explica que, con el aviso inesperado, el duque

si alterò assai: pure, come astuto, mostrò dipoi averlo carissimo, con approvare efficacemente quanto il vicerè per ordine di Sua Maestà aveva capitolato, promettendo

y desposeído de guarnición. Favoresció la fortuna a sus malas intenciones y a su maldito engaño, así como aquella que ya mucho antes era enemiga a Roma y al Papa. Porque marchando cuanto más podía todo el ejército de Borbón llegó a Roma a seis de Mayo falto de bastimentos y sin artillería. Y prestamente habiendo puesto las escalas vinieron contra la gente del pueblo de Roma armada con ruines armas. Y viendo los soldados que entraban y sabiendo que el Papa estaba tan espantado, no sabiendo lo que le había acontecido ni dónde huir, haciendo poca o ninguna resistencia, dieron lugar a los españoles y tudescos que entrasen dentro. Y cuando fueron dentro, cruelmente mataron una gran multitud de gente que humildemente echando las armas pedían misericordia y la vida. Y derramando mucha sangre ensuziaron todos los altares y saquearon el sagrado templo de Sanct Pedro, digno de ser tenido en gran reverencia de todas las gentes y naciones del mundo. Habiéndose salvado y retraído el Papa en el castillo de Santangel, saqueado el Burgo en el espacio de media hora, pasando los soldados el muro gastado por la antigüedad, entre la puerta Aurelia y Septimiana, entraron en Roma y usaron contra los desdichados ciudadanos de todos los exemplos de crueldad y avaricia. Cercaron el castillo y lo cerraron tirando alderredor sus fosos por que el Papa no pudiese huir por lugar alguno. Mi ánimo se espanta en querer

contar los daños y tormentos que los bárbaros hicieron en el pueblo antiguamente vencedor de todas las naciones, porque estas cosas no se pueden contar ni oír sin muchas lágrimas. De modo que aquella sanctísima ciudad pudo muy bien conocer cómo nuestro señor Dios la quería castigar, si los sanctos abogados y patrones de la ciudad, queriendo haçer vengança, permitiéndolo Dios, no hubieran hecho sacrificio (aunque con poco provechosa consolación) de aquel traidor y cruelísimo ladrón en el entrar de la ciudad. Porque Borbón murió entretanto que con su maldita mano ponía y acercaba la escala al muro, siendo trasapante el lado y el muslo derecho de un arcabuzazo, a causa que habiendo alcanzado aquella su maldita victoria no se alegrase de un tan grande sacrilegio» (Jovio / Villafranca, 1562: fols. s/n vii vto. b- s/n viii a-b). Es similar la versión italiana: Giovio / Domenichi (1557-1558, fols. 19-19 vto.), probablemente porque Villafranca traduce sobre el traslado italiano, resumiendo y suavizando (o eliminando) algunos lugares. A la vez, Giovio, en su resumen apresurado de sucesos historiadados en los libros perdidos, se parece mucho a Guicciardini, a quien seguramente tuvo acceso. **32.** Vettori, *Il sacco di Roma, descritto in dialogo* (Milanesi 1867: 427-428). Se insinúa incluso un acuerdo cómplice entre el Virrey Lannoy y el Condestable de Borbón en pp. 429 y 431, luego desmentido.

che da lui non resterebbe fare ogni opera, che da tutto il suo esercito fosse osservato l'accordo concluso in Roma. Dall' altro canto, segretamente persuase alli capi tedeschi e spagnoli, che non dovessino accosentire di tornare in Lombardia, per non lasciarsi torre di mano tanto facilmente il sacco di Roma e di Firenze.³³

Pero Guicciardini no presenta sólo una doble cara de Borbón; también desmiente, frente a otros coetáneos, la supuesta complicidad entre el Condestable y el Virrey de Nápoles. Las dificultades padecidas por este último y unas cartas interceptadas entre Borbón y Leiva

...dimostrarono facilmente a molti, che il vicerè desiderava che l'accordo da lui concluso a Roma avesse effetto, e non che con quest' arte (come certi ancora si persuadono) volesse aggirare il Papa.³⁴

El umbral alcanzado por la intriga política (que no excluye incluso las órdenes secretas del César a Borbón para el asalto de Roma) no oculta, sin embargo, que era ya demasiado tarde para llegar a un acuerdo, porque el ejército, movilizado y excitado, extraviado por el hambre, se amotinaba desde meses antes por falta de soldadas y cometía diversos actos de indisciplina y violencia:

Los soldados quieren comer, y no hay dineros ni otra manera para dárselo en esta ciudad ni en otra parte deste estado, que todo está destruido, y el invierno comienza muy rezio; los soldados pierden la vergüenza y la obediencia y tienen licencia para hacer muchas cosas malas que no se pueden castigar, y que desta manera se va consumiendo y perdiendo el ejército [...].³⁵

La promesa de resarcirse en el saqueo de Roma era motivo suficiente para que la tropa no quisiera contenerse más.³⁶

33. Milanesi (1867: 102, 106, 111). Aquí la cita.

34. Milanesi (1867: 122).

35. Se debían pagar al ejército desde hacía largo tiempo y al principio se amotinaban, desde luego, por hambre. Nada hay más expresivo sobre la situación del ejército imperial que las cartas que envían los colaboradores y representantes de Carlos V en Italia; por ejemplo ésta del Abad de Nájera, D. Fernando Martín, comisario general del ejército, desde Milán, previa al saqueo (28 Octubre 1526) de la que se acaba de transcribir un fragmento (en Rodríguez Villa, 1885: 177). Por su parte, Jiménez de Quesada (1991: 131) aclara que «en Lombardía trataron sobre las cosas de la guerra muy

pensadamente musur de Borbón y el marqués del Gasto, y Antonio de Leiva, y el príncipe de Orange, general de caballos ligeros que nuevamente había venido a residir en la guerra de Italia, después de cierta prisión francesa que había tenido. Y acordaron todos los superiores que he dicho que, pues que no había de qué pagarse el ejército, que se desamparase Lombardía y se fuesen hacia el reino de Nápoles a asentar las cosas allá, que eran del Papa molestadas...».

36. No son sólo los historiadores italianos los que aseguran que el Duque de Borbón deja entrever como complemento de su sueldo el botín de Florencia y Roma; también la documentación diplomática (Rodríguez Villa,

Este cotejo de la materia tratada en la I jornada con la secuencia real de los hechos permite aclarar algunos puntos que de lo contrario quedarían implícitos o difusos: Cueva no hace, ni hará más adelante tampoco, la menor alusión a la historia política interna ni a la oculta, negociaciones y conversaciones entre múltiples partes (en especial de Borbón y las fuerzas de la Liga), posibles órdenes secretas (de Carlos V y del Virrey de Nápoles al Condestable), etc.³⁷ Sólo a través del capitán Morón sugiere una pequeña parte de las numerosas y sutiles diferencias y suspicacias que tienen entre sí los carolinos de Italia.³⁸ Su figura se hermana con el también neutral Cid frente al rey Sancho en *El cerco de Zamora*.³⁹ Sin embargo, se adjudica a Morón una disidencia que en la historia al parecer sólo sustentó el Marqués del Vasto.⁴⁰ La desobediencia del ejército ocupa una posición destacada porque los motines fueron constantes, y su causa la larga deuda de soldadas y la hambruna; si atendemos a la omnipresente insistencia diplomática en la mención de ese problema, puede decirse que, en términos proporcionales a otros aspectos implicados en la presa de Roma histórica, existe un interés de Cueva en conceder a la indisciplina un papel dominante en la intriga. La promesa del botín de Florencia y Roma para entretener a los soldados sin paga, protagonista en varios pasajes de la comedia, es también un *leitmotiv* entre corresponsales imperiales, historia-

1875: 105-109). O los historiadores hispánicos: según Santa Cruz, Borbón promete cercar y saquear Roma sólo como forma de entretener a los soldados sin paga (1922: 285); describe someramente las crueldades del saco en (1922: 296-301). Pérez asegura que al propio Virrey de Nápoles se le levanta que dice a los soldados «que no les puede dar otra paga sino el saco de Roma y Florencia» (Rodríguez Villa, 1875: 59). Tampoco hay que descartar que Borbón llevara orden secreta del Emperador de atacar Florencia y Roma (Rodríguez Villa, 1875: 112-113, 201-203 y Vian Herrero, 1994: cap. III).

37. Un resumen y documentación de conjunto en Vian Herrero (1994: 15-24).

38. Este capitán Morón no es, como cree Watson (1971: 56) «a Spaniard», sino que se corresponde, con cambios, a la figura histórica concreta del italiano Girolamo o Gieronimo Morone, del que me ocupo en otro lugar.

39. Watson (1971: 56).

40. «Y Borbón, contra la voluntad y parecer del Marqués del Gasto [...] fue de contrario voto, y viendo el marqués el malo que se tomaba [...] se fue a Ferrara, a donde también se fue Jorge [de Frundsberg], coronel de alemanes,

que había a la sazón caído malo. Y el Borbón [...] acordó de ir sobre Roma (acuerdo malvado e inicuo), sobre lo cual hubo algún rumor en el campo, pareciendo a muchos, y al erizamiento de sus cabellos, recia determinación. Pero otros muy muchos, o por mejor decir casi todos, así españoles como alemanes (que no saco a ninguna de las dos naciones), viendo que no pagaban su sueldo debido, ni había manera tampoco como pagárselo tan aína, adelante aprobaron, tácita y expresamente con grande aplauso, el acuerdo tomado. Y así Borbón partió con su gente (bien digo, ya no gente del Emperador, sino suya del Borbón, que así se puede decir más propiamente que de otra manera) y caminan a la vuelta de Roma...» (Jiménez de Quesada, 1991: 136-137). Análogo en los datos positivos Guicciardini (1875: 96) y, sobre todo (1875: 100): «Ma maggiore fu la dimostrazione contro il Marchese del Guasto; il quale, essendosi partito dall'esercito per andare nel Reame di Napoli, mosso, o da indisposizione della persona, o per non contravvenire, secondo che scrisse al luogotenente, alla volontà di Cesare come gli altri, o da altra cagione, fu bandito dall'esercito per ribelle».

dores y cronistas.⁴¹ Por tanto, Avendaño no inventa nada, lo dramatiza, pero Cueva parece deseoso de dejar a los espectadores este aspecto muy claro: de no cumplirse las expectativas de los soldados son los dirigentes los que pelinegan.⁴² La propuesta del mensajero del Papa cuenta con versiones españolas distintas: desde la que asegura que no existió (aunque sí la solicitud de dinero de Borbón a Francesco Guicciardini, lugarteniente del Pontífice, para contener al ejército),⁴³ a la más cercana a la correspondencia imperial en cifra —el desacuerdo de Borbón con el Virrey de Nápoles por haber firmado una tregua sin su consentimiento,⁴⁴ hasta la más candorosa o interesada de todas, obra de Santa Cruz: que el que busca la conciliación es el Condestable, mientras el Papa espera el socorro del ejército de la Liga.⁴⁵ Los italianos, como Cueva, ponen énfasis en la indisciplina militar, hasta el punto de correr peligro la vida misma de Borbón,⁴⁶ o del mensajero.⁴⁷ El pasaje de Jovio en versión de Villafraña antes transcrito (n. 31) ha podido dar a Cueva materia para desarrollar, como lo hace, la indisciplina del ejército y su deseo de ataque, modificando en cambio el papel de Borbón, al que convierte en un personaje mucho más conflictivo e impotente que lo hace el texto de Jovio. Da pie a desarrollar, pero sólo en términos muy generales, las crueldades y sacrilegios de los soldados; en cambio no menciona en toda la obra al Papa, ni ninguna de las vicisitudes por él experimentadas. Enuncia la sempiterna y generalizada explicación del asalto como castigo de Dios, pero no culpa a Borbón del saqueo, como hace indiscutiblemente Jovio.⁴⁸

41. Elijo (aparte otras citas antes transcritas) sólo los testimonios allegados por Rodríguez Villa (1885: 105-109), que pueden ampliarse en Vian Herrero (1994: 21 y s.).

42. El problema era de indiscutible actualidad no sólo porque se estuviera preparando un ejército en condiciones análogas en la frontera de Portugal (Watson, 1971: 58), sino porque, de forma general, «el motín, a menudo perfectamente organizado, fue endémico en el ejército español del siglo XVI y en general delataba la imposibilidad en que se encontraba el gobierno de pagar a las tropas». Lynch (1973²: I, 107) y también Parker (1972: en especial parte II, cap. 8, 185-206).

43. Rodríguez Villa (1885: 38-39, 149).

44. Mexía (1945: 461); Rodríguez Villa (1885: 110-111).

45. Santa Cruz (1922: 287-289).

46. «... i fanti tedeschi, delusi di varie promesse dei pagamenti, e seguitati poi dai fanti spagnuoli, gridando danari, si ammutinarono con grandissimo tumulto, e con pericolo non mediocre della vita di Borbone, se non fosse stato

sollecito a fuggirsi occultamente del suo alloggiamento, dove concorsi lo svalgiarono, ammazzatovi un suo gentiluomo. Per il che il marchese del Guasto andò subito a Ferrara, donde tornò con qualche somma benchè picciola di danari, co'quali si quietò l'esercito» (Guicciardini, 1875: 96). Y más adelante (1875: 100): «Finalmente Borbone, o perchè questa fosse stata sempre la intenzione sua, o perchè non fosse in potestà sua commandare all'esercito, scrisse al luogotenente che la necessità no costringeva, poichè non poteva ridurre alla volontà sua i soldati, di camminare innanzi».

47. «... che venendo nel campo un uomo mandato dal vicerè per sollecitare Borbone che accettasse la tregua, sarebbe, se non si fosse fuggito, stato ammazzato dagli Spagnoli» (Guicciardini, 1875: 100).

48. Más adelante Jovio vuelve a insistir en que Carlos de Borbón se mostró «del todo ageno de cualquier condición de paz» (Jovio / Villafraña, 1562: fol. Ai a). Y cuando recuerda la entrada triunfal de Carlos V en Roma, ya en 1535 y des-

Lo importante es, pues, que Cueva prescinde de la alta política para destacar el conflicto fundamental: los motivos de la insubordinación del ejército, responsabilidad más de los mandos que de los soldados. Razones distintas y de interés son las que mueven a Ferrante Gonzaga, el hijo de la Marquesa de Mantua, según Cueva el mando del Consejo más decidido al saqueo. Será otra forma que tiene el dramaturgo de introducir en la intriga una nueva faceta del proceder de los mandos imperiales, ya que Gonzaga tuvo implicaciones fehacientes en los negocios turbios de compraventa de reliquias, antigüedades y obras de arte.⁴⁹ Esta intriga paralela, de la que ahora no me ocupo, es muy sugerente, porque en las obras de Cueva es una constante el castigo del error moral o natural.⁵⁰

Sin embargo, la alusión al «derecho» de Carlos V⁵¹ es tóxica y confunde: los soldados del Emperador descienden de Milán a Roma para socorrer el reino de Nápoles, hostigado por Clemente; en el origen, los de veras agredidos territorialmente por el Papa han sido unos de los principales colaboradores imperiales, los Colonna; no Carlos V que, dueño de Milán y Nápoles, no tiene en este caso ningún patrimonio que reclamar a Roma, sólo defenderse de las hostilidades del ejército de la Liga en la zona, que aspira, eso sí, a coartar su poderío en Italia.⁵² El Papa, alarmado por la carrera imperial hacia el sur, recurre en vano a la Liga que, o bien promete sin cumplir (Francisco I, duque de Urbino), o bien se desentiende de complicidades previas (Enrique VIII). Clemente se ve obligado a firmar un pacto para él humillante en los inicios de 1527,⁵³ sin conocer la posición de los aliados ni saber si Borbón sería partidario.⁵⁴ Las condiciones del acuerdo eran que los ejércitos imperiales se retiraban al norte, a la línea donde

pues de la victoria de La Goleta, no desperdicia la ocasión de recordar a los soldados saqueadores: «Fue recibido con triunfal pompa de todos los órdenes de los sacerdotes y de los ciudadanos romanos. Había traído consigo por guarda una región de soldados viejos españoles y 700 hombres de armas. Fue con menos alegría recibido del pueblo porque reconocían los terribles rostros de los soldados, los cuales renovaban en ellos la memoria del saco recién pasado y de todos los daños que habían recibido y padescido...» (Jovio / Villafranca, 1562: fols. cxxxv vto. *b* - cxxxvi *a*).

49. Se trata con detalle la cuestión en Vian Herretero (2009).

50. Watson (1971: 79).

51. Es palabra de Borbón: «... darle lo que demanda su derecho» (p. 64), el texto citado arriba con el que termina la n. 14.

52. La antesala del conflicto se explica de manera relativamente unánime. Jovio / Villafranca (1562: fol. vii *b*) habla del poco respeto que el pueblo romano tiene a Clemente: «El Papa Cle-

mente, razonando y hablando el pueblo dél muy deshonoradamente y con poco respecto», se cree la tregua de los enemigos, la rompe y decide hacer guerra a los imperiales: quita el capelo cardenalicio y excomulga a Pompeo Colonna; mueve guerra en Nápoles (instigando a los franceses) por tierra y por mar; destruye los castillos de los Colonese y acomete en Córcega al refuerzo de alemanes y españoles que trae Charles de Lannoy (Jovio / Villafranca, 1562 : fol. *s/n* vii vto. *a-b*).

53. Para las vacilaciones de Clemente VII y la complejidad de la situación de los negocios de Italia antes del saco, Rodríguez Villa (1885: 193-205) y el cap. IV de Rodríguez Villa (1875, en especial pp. 105-107 y 196, 210, 214).

54. Dice Luigi Guicciardini que «il pontefice, ch'era menato dal triste consiglio suo, e dal suo pessimo e miserabil fato, per cammino molto contrario alla salute sua e di tutta l'infelice Italia, lo concludere e fermò, senza voler prima intendere la mente de' collegati, o se Borbona era per impedirlo» (Milanesi, 1867: 100).

estaban antes de iniciarse la guerra, restituyendo el castillo y ducado de Milán a Sforza; por el otro lado, Nápoles quedaba libre para el Emperador; los alemanes recibían tres pagas del Papa y volvían a su país; ambas partes debían hacer frente común contra los turcos.⁵⁵

La primera jornada, en resumen, al reducir y simplificar los hechos, ha introducido en el público algunos puntos de reflexión nucleares: la impotencia del capitán general es el principal resorte dramático, unido al ardor guerrero de los soldados españoles. Sobresalen las alusiones al protagonismo de estos, reservando el de los luteranos a los contextos negativos, como la amenaza religiosa propia de 1527, pero agudizada y convertida en enfrentamiento crónico en los años de Cueva.⁵⁶ La realidad también desmiente el predominio español en la armada imperial, no sólo cualitativo sino numérico: en la Península itálica llegaron a juntarse, según Santa Cruz 18.000 alemanes, 10.000 españoles, 6.000 italianos, 5.000 suizos, 2.000 hombres de armas, 4.000 caballos ligeros y 500 albaneses, «y sin éstos había en el ejército otra mucha gente que llamaban aventureros, a quien no se les pagaba sueldo».⁵⁷ Se subraya el conflicto entre personajes, una de las características de sus dramas nacionales.⁵⁸ Parece que Cueva ha querido encarnar la Historia grande en las historias pequeñas e individuales; recurso, por cierto, muy eficaz desde el punto de vista dramático y argumento de comunión imbatible hacia su público.

La jornada segunda representa un aumento de la invención dramática frente a la historia. Ésta se reduce a la orden de asalto y a la muerte de Borbón al escalar el muro de Roma, con algunos elementos de historicidad derivados; ni una palabra de Cueva en toda la obra sobre la prisión del Papa. Los restantes episodios (el espía, el hallazgo y sepultura del cadáver del Condestable, el cautiverio de las damas romanas, la muerte del alemán) y su tratamiento ideológico son de la musa de Cueva, aunque puedan tomar pie en situaciones reales.

Conviene repasar primero brevemente la secuencia de hechos verídicos. Con la muerte del Duque de Borbón en los albores del asalto, la soldadesca desmandada se abandona durante diez meses a innumerables desmanes y atropellos. El Papa conseguía huir con trece cardenales y otros señores y nobles al castillo de Sant'Angelo, que era sitiado.⁵⁹ Primero tomaron el Borgo sin encontrar resistencia; contaron con dos elementos propicios: una densísima niebla y la especial incompetencia de Ren-

55. Milanesi (1867: 98-99).

56. Sito Alba (1983: 331, n. 614) recuerda, por cita de García Villoslada, una referencia del Cardenal de Lorena en 1562 a los desmanes realizados por los luteranos, similares a los realizados treinta y cinco años antes en Roma: habían «destruido los templos santos, asesinados los sacerdotes y religiosos junto al altar, pisoteadas las especies sacramentales», dejando así lo que para toda Europa fue la firma de su paso.

57. Santa Cruz (1922: 285). O, como dice Pastor (1952: IX, 322), «una muchedumbre de bandidos y salteadores» que acompañaban a los saqueadores del ejército imperial.

58. Scelfo Micci (1993: 121) destaca en otros dramas históricos «el contraste tra i personaggi» en general simbolizando abstractos morales opuestos, como en *La muerte del rey Don Sancho*.

59. Entre otros Milanesi (1867: 210). En Sant'Angelo llegaron a juntarse casi tres mil personas.

zo da Ceri, el encargado por Clemente de la defensa de la ciudad y vigilancia de las murallas, al que los imperiales vieron huir.⁶⁰ El Papa estaba desprovisto de hombres de armas, por lo que, con poco éxito juntó un pequeño número de tres mil resistentes.⁶¹ Unos tímidos intentos de pacto entre los bandos fracasaron pronto.⁶² Tras pasar a Trastevere, el ejército entró en Roma. La ciudad entera fue sometida a saqueo sin perdonar iglesias o jerarquías eclesiásticas; predominaron actos violentos y sobre todo sacrílegos de diverso tipo: asesinatos, torturas, ventas de cardenales y obispos como esclavos, robo de reliquias, violaciones de mujeres, asalto y pillaje de tumbas, procesiones callejeras paródicas e irreverentes de los ahítos soldados antes famélicos; el ardor fue tal que el asalto o el pago de tasas de rescate elevadas alcanzó a las casas de grandes señores italianos colaboradores del Emperador, o a las de los propios imperiales.⁶³ Varias voces aseguran que si hubiera vivido Borbón, los hechos no hubieran alcanzado tales cotas de atrocidad y barbarie, acacidas, en buena parte, por la falta de un capitán con autoridad sobre sus hombres.⁶⁴

Si volvemos a la comedia, la caracterización del Condestable continúa siendo manipulada por Cueva hasta el momento mismo de su «muerte» dramática. El aspecto más interesante se presenta en el primer monólogo, de corte senequista,⁶⁵ donde pinta algunas reacciones psicossomáticas nocturnas que quieren delatar un conflicto interno, en cierto modo salvador, o al menos justificador, del personaje:

BORBÓN.- Lleno de ira y sobresalto horrible
 ardiendo en fiera y rigurosa saña,
 todo el discurso desta noche fría
 revuelto en bascas y congoja estraña
 pasé con inquietud dura y terrible,
 deseando la luz del claro día.

60. Milanese (1867: 176, 184, 186 y 198). También en la *Wahrhaftige und kurzte Berichtung* (Schulz 1894: 46).

61. Milanese (1867: 173).

62. Milanese (1867: 200).

63. Rodríguez Villa (1875: 120-121) y Vian Herrero (1994: cap. II).

64. Así dice el secretario Pérez: «Créese que si Mr. de Borbón no muriera, que no se hicieran tantos males como se han hecho; y cierto, fue gran daño su muerte» (Rodríguez Villa, 1875: 165). J. B. Gattinara tiene la misma opinión: «e penso che si detto signore di Borbone avesse vivuto, forse Roma non seria saccheggiata, e le cose averiano pigliato alcuna miglior forma e stabilimento al servizio di Vostra Maestà» (Rodríguez Villa, 1875: 192). La posición implica achacar el descontrol a los alemanes en exclusiva, lo que no es del todo exacto, pese a que los

españoles tienen fama –incluso entre los italianos– de obedecer a su capitán Juan de Urbina: «Giovanni di Urbino è il primo uomo di tutti li Spagnoli, el quale tutti li Spagnoli obediscono e reveriscono» (Cardenal de Como, *Del sacco di Roma*, Milanese, 1867: 489-490).

65. Morby (1937: 384) fue el primero en defender la influencia senequista en Cueva, aunque no puedan descubrirse calcos textuales: «It is an influence exerted not only on his tragedies, but also in his comedies, and on those whose themes are most purely national. It is moreover the sole influence exerted on him by classical tragedy». Aparte otros rasgos, la retórica, el sensacionalismo, el uso del monólogo son, para Morby, senequistas, y este es uno de los ejemplos de recurso a un personaje para que exprese «a feeling of ominous forboding». Morby (1937: 387).

Ya el alma revolvía
 a la triste ruina que promete
 España a l'alta Roma
 que agora opresa y doma
 y la cerviz al yugo le somete,
 después que fue señora
 del mundo y tantas gentes domadora

(*Comedia del saco de Roma*, 1917: 65).

Esas «vascas» expresan la compulsividad por el ataque, pero la furia no anula el aguijón del remordimiento de un «alma» que presiente las consecuencias de convertir a la cabeza de la cristiandad en territorio yermo y esquilmo. También tiene interés un procedimiento querido al teatro de Cueva y a la vez muy desarrollado en la literatura de *pronosticaciones* en torno de los sucesos: la visión por anticipado del asalto, en que el Duque repasa mentalmente, en una noche insomne, los efectos del saqueo antes de ser realidad: incendios, muertes, sacrilegios, robos, actos lujuriosos, destrucción, etc. (p. 65).⁶⁶ La realidad del saco de Roma fue mucho más trágica e inverosímil en su horror que lo representado.⁶⁷ Recurrir a la narración o al sueño premonitorio de lo que presenta dificultades para ser llevado a escena es, en principio, un recurso de verosimilitud en manos humanistas. El concepto de verosimilitud no es sólo aristotélico; se puede querer sorprender, ironizar, impresionar y conmover siendo también verosímil, o se puede romper la verosimilitud de lenguajes codificados como 'altos' y 'bajos' sin ser aristotélico, al menos desde *La Celestina*.

Tras el exhorto último al ataque (una vez más de Gonzaga), Borbón arenga a sus tropas y dispone (de modo totalmente ficcional) su orden y estrategia.⁶⁸

66. Proliferan las visiones y pronósticos de los sucesos de Roma, con frecuencia en clave satírica: Vian Herrero (1994: 39-48, 142-243); sobre los presagios que rodean al suceso, Chastel (1983: 87). Para Sito Alba (1983: 330) «esta insinuación de profecías de hechos conocidos por el público podían constituir uno de los ingredientes de la participación de éste». Según Watson (1971: 59) puede leerse en el pasaje «Portugal» por «Roma», cobrando un sentido especial para el público, y convertirse así las escenas visualizadas en premoniciones de futuro.
67. Conviene lo que a otro propósito [*La cruel Casandra* de Virués] dice Hermenegildo (1994: 206): «Los referentes históricos son más brutales que su figuración dramática. La realidad va más allá que la ficción. A la luz de la información que el prólogo facilita, una lectura irónica de la inverosimilitud de la fábula se impone por derecho propio». «Si lo monstruoso

se disfraza con la 'virtud de la verosimilitud', pierde eficacia. Pero si lo monstruoso, lo gigantesco, lo absurdo surge como figuración de una realidad ya deformada, ya inverosímil en su íntima entidad —los esperpentos de Valle Inclán son una buena muestra—, la obra resultante adquiere una nueva envergadura y se alza como signo y espejo verosímil de la inverosímil realidad» (Hermenegildo, 1994: 206). Y en seguida: «Son escritores periféricos (Valencia, Aragón, Galicia, Andalucía) los que reflexionan sobre el abuso de poder y sus consecuencias» (Hermenegildo, 1994: 206).

68. Gonzaga es el encargado de romper el muro con los alemanes, seguidos de capitanes y hombres españoles, entre los que se cuentan arcabuceros, piqueros y caballería; la infantería es italiana y rodea el Tíber para rematar, junto con la piquería, a los que huyan (*Comedia del saco de Roma*, 1917: 66).

En esas disposiciones el dramaturgo prescinde de dar fe de lo que conmocionó a Europa entera y encontró sólo explicaciones esotéricas: que los imperiales tomaron Roma sin artillería, sin resistencia y con un ejército que apenas si podía sostenerse por el hambre.⁶⁹ En cambio se detiene en un episodio adventicio, pero de enorme rendimiento dramático, que sólo desde los rumores historiográficos (que llegan al cronista Santa Cruz, como vimos arriba) puede corresponderse con los hechos: la entrada en el campo de un espía romano que confiesa venir con la intención de matar al Condestable: «Que te venía a espiar, / y si te pudiera dar / con esta mano el castigo» (p. 68). Cuando Borbón va a ajusticiar al asesino frustrado, es Avendaño quien le ruega su libertad invocando las leyes honorables de la guerra: un campo entero no debe cautivar a un solo hombre (p. 69). Lo que parece sólo una forma de presentar como colectivo todo lo que allí ocurre, y de anticipar el caballeroso comportamiento del soldado español, tiene más consecuencias, pues al plantearse como un eslabón más en la secuencia dramática, prescinde del hecho histórico, entendido por milagroso en toda Europa, del ataque a los romanos por sorpresa y envueltos en la niebla. Los hechos se precipitan; muere Borbón al escalar la muralla y los dos soldados españoles lo llevan en secreto a su tienda «y que es muerto no se entienda» (p. 70).⁷⁰

La segunda jornada, pues, ha mantenido un hilo tenue de historicidad que ha servido para conseguir algunos objetivos dramáticos e ideológicos: matizar la figura de Borbón, desculpabilizándolo de las intrigas políticas, exonerándolo también

69. Hay unanimidad en el testimonio de la falta de artillería, a la que habían dejado en área florentina: Rodríguez Villa (1885: 123): «un ejército que venía sin artillería y tan muerto de hambre, que se decía que se caían los soldados de hambre, y que no podían sobir por la muralla», según el Abad de Nájera a Carlos V (27-V-1527). L. Guicciardini expresa también sorpresa por la celeridad de la operación militar con un ejército «con tanta penuria del vitto, che non era possibile vi potessino soprastare due giorni. [...] La medesima Roma, tante altre volte predata ed arsa da barbare nazioni, non mai fu con tanta facilità, nè brevità di tempo, nè con si poche forze presa e saccheggiata [...] E in breve ci troveremo intorno a quella famosissima città senza impedimento di fuora e con poca resistenza di quelli di dentro; occasione rarissima, e da spronare ogni timido, non che si feroce esercito [...]» (Milanesi, 1867: por orden de cita pp. 160-161, p. 17 y p. 155-156). El lansquenete autor de la *Wabrhaftige und kurtzte Berichtung* explica las penalidades del viaje hacia Roma por falta de víveres

(Schulz, 1894: 46). El romano Marcello Alberini que, casi niño, es testigo privilegiado de la entrada de los imperiales, comenta: «Io, che allora non so se anche usciva dalli termini della pueritia, mi stava con la semplicità degli anni a riguardare dalla fenestra del palazzo di San Lorenzo e Damaso l'ardito assalto degli nemici, et il breve combattere e poco valore de' nostri: il quale non potè essere se non poco; per esser essi pochi» (*Diario di Marcello Alberini romano, delle cose sue private, con qualche nota particolare delle publiche; aggiuntovi altre narrazioni e documenti del Sacco di Roma nel 1527*, ms. de la Biblioteca Casanatense, p. 38; pero lo tomo de Milanesi, 1867: lvi).

70. Para Watson (1971: 60), creo que de manera forzada, hay una reminiscencia o un paralelismo entre la escena del espía y la muerte de Borbón con la secuencia del asesinato del rey Don Sancho por Vellido Dolfos en *El cerco de Zamora*; forzada porque Cueva puede, sencillamente, estar rememorando el hecho histórico, sin más implicaciones que las que él de suyo lleva.

al introducir el intento de asesinato frustrado del espía, y castigando con la muerte providencial su impotencia para controlar a la tropa desmandada: no es poco a años escasos de la excomunióon tridentina del Condestable, y el efecto dramático debía de ser intenso entre los asistentes.⁷¹ Se afianza también la visión nacionalista española (no imperial) del hecho de armas, y muy en especial el comportamiento honorable y caballeroso de los soldados españoles, en contraste con los lansquenes y con los propios mandos. Se desvela en todo su esplendor la caracterización de Don Fernando Gonzaga, el «figón bergamasco», como una figura de ética turbia pese a desempeñar un alto puesto en el gobierno militar. ¿Hay que pensar, como Icaza, que con ello Cueva «se coloca, impasiblemente, fuera de toda moral; no la de hoy o la de entonces, sino la de cualquier tiempo»?⁷² Me inclino por otra interpretación: si la ironía es uno de los recursos del drama de Cueva, aquí tiene una de sus epifanías destacadas. Al espectador no podría escapársele que en el enfrentamiento ideológico de la I jornada entre Gonzaga y el capitán Morón los contrincantes no compartían terreno argumentativo ni principios morales, aunque pertenecieran al mismo ejército. Borbón, por su parte, había sido un traidor para Francia y para el papado, pero había sido salvado por cierta tradición hispánica, que encontró justificación histórica en su imposibilidad de controlar a un ejército indómito en el que sobresalen los luteranos y los maleantes. Cueva no altera ese papel básico en una versión que su auditorio conoce muy bien y de lo contrario no hubiera recibido como verdadera e histórica. No está por ello visto con total antipatía, sino con censura sutil, a diferencia de Gonzaga.

A esta comedia puede aplicársele en lo ideológico la misma reflexión que propone Wardropper a otros efectos, cuando trata con lucidez de la relación que Cueva establece entre la fuerza y la justicia: «Se preguntan los personajes si la disputa sobre la herencia territorial ha de resolverse mediante la fuerza militar —un empeño colectivo: sitio y defensa— o mediante la proeza individual —el asesinato, el desafío, el duelo—. Resulta ser una indagación a lo Maquiavelo de la conexión entre política y ética. En estos dilemas históricos, el autor se coloca frente a la mayor parte de los personajes. Es decir, introduce una discrepancia entre el punto de vista adoptado por sus personajes y la realidad histórica representada por la acción».⁷³ La creencia de que «Dios favorece a los

71. Tiene ello también que ver con lo que las diversas historiografías consideran 'traidor' en el Antiguo Régimen. Pedro Navarro es un «pirata e tecnico spagnolo vivente ai tempi de re cattolici», que «ha secondo la tradizione, la fama di inventore delle mine» (Eduardo Feuter, «Il sistema degli stati europei» extractado en Cadenas, 1974: 30). Navarro también trabajó al servicio de Francisco I; aprendió su arte de un maestro artillero napolitano llamado

Antonelli (Cadenas, 1974: 33). Es curioso que el Duque de Borbón, que pasó al servicio de Carlos V sea, para la historiografía, un traidor, en tanto que de Navarro se diga, sin entrar a juzgar, que «pasó al servicio del rey de Francia» (Cadenas 1974: 42). La flota de la Liga estaba al mando de A. Doria y Pedro Navarro (Cadenas, 1974: 186).

72. Icaza (1917: xlii).

73. Wardropper (1955: 152).

lidiadores justos» se hace compleja «pues la experiencia demuestra que el Dios de las batallas no puede ayudar a todos los que imploran su ayuda. Esta complicación empírica se refleja en la acción, más que en la creencia de los personajes. [...] La única manera de salir de tal perplejidad es invocar la doctrina relativista de la justicia». ⁷⁴ «Hay, pues, una tensión ideológica entre personajes y trama, entre hombres y circunstancias». El personaje individual actúa egocéntricamente pero su acción repercute en la colectividad y «la colectividad, para obrar bien y eficazmente, tiene que obrar en cuanto colectividad». ⁷⁵

Esta justificación de la desobediencia del ejército, que consagra la explicación oficial del periodo filipino sobre los sucesos de 1527, muy distinta de la de medio siglo antes entre bambalinas, puede ayudar a entender algunos aspectos: la concisión de las noticias sobre Roma que dramatiza Cueva, ya que las relaciones de sucesos específicas son infinitamente más concretas, demoradas y explicativas, como caracterizadas por su noticierismo primario; permite entender también que a partir de la crítica a los «antojos y intereses y apetito» de los capitanes imperiales, se manifiesten en la obra sevillana algunas puntas de censura, oblicua a veces, irónica otras, a los representantes del ejército imperial (Duque de Borbón, Fernando Gonzaga y Filiberto de Orange). La exculpación tajante de la responsabilidad del Emperador en los sucesos, tan problemática a la altura de 1527, explica aquí las reticencias del personaje histórico del capitán Morón. Otras informaciones contenidas sirven en cambio para descubrir diferentes intereses del dramaturgo: las tintas negras con las que Jovio describía el papel de los soldados españoles perviven en la pieza preliminar de la traducción de Villafranca, y no cabe duda de que han hecho reaccionar a Cueva, como lo hicieron también a Jiménez de Quesada y otros coetáneos, pues si hay algo que el dramaturgo quiere dejar a salvo en la presa de Roma es el comportamiento ejemplar de los soldados españoles, frente al de los luteranos.

Cuando Cueva compone la *Comedia del Saco de Roma* ya han empezado los preparativos de las tropas en la raya de Portugal y de las galeras en Andalucía. Para ambas operaciones se habla de reforzar con mercenarios italianos y alemanes, lo que ha podido llegar a oídos de Cueva, que quisiera mostrar un precedente histórico, pero cercano, para ilustrar el horror desencadenado cuando un ejército católico, con la ayuda de tropas mercenarias, ataca a otro ejército católico. ⁷⁶ Cueva no se muestra preocupado con la aceptabilidad moral del asalto, sino con sus consecuencias; al menos Borbón no llega a poder considerar los aspectos morales de la operación militar, como antes se vio; tan solo intuye, 'profetiza' la destrucción que no es capaz de evitar. En el tratamiento de los hechos no se recurre a la pintura cruda que fascinó a tantos testigos presenciales; ha domi-

74. Wardropper (1955: 153). En esa dirección pueden interpretarse las discrepancias entre Morón y Borbón, acuciado por los restantes

miembros de su consejo de guerra.

75. Wardropper (1955: 154).

76. Watson (1971: 52-53).

nado la persuasión, la libertad compositiva, el gusto por la ambientación más o menos sorprendente, la representabilidad de los sucesos y el efectismo teatral; matizando el horror, o reduciéndolo a una sugerencia narrada, fuera de escena (muerte de Borbón, atropellos del ejército en Roma, rapto de la monja, ejecución del lansquenete, etc.) y entreverado incluso con lo risueño insólito (el relato de la borrachera del correo de Barcelona que informa del saco), el peligro puede parecer al espectador más convincente o más verosímil de lo que a Moratín le resultaba la producción dramática de Cueva.

Bibliografía

- CADENAS Y VICENT, Vicente de, *El Saco de Roma de 1527 por el ejército de Carlos V*, Madrid, Hidalguía- Instituto Salazar y Castro, 1974.
- CHASTEL, André, *The Sack of Rome. 1527*, Princeton, University Press, 1983.
- CRAWFORD, J. P. WICKERSHAM, «A Sixteenth Century Spanish Analogus of *Measure for Measure*», *Modern Language Notes*, 35 (1920), 330-334.
- CUEVA, Juan de la, «*Comedia del sacco de Roma*», *Comedias y tragedias*, F. A. de Icaza (ed. y pról.), Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1917, 2 vols., I, 54-99.
- , *El infamador. Los siete infantes de Lara. Ejemplar poético*, F. A. de Icaza (ed.), Madrid, Espasa-Calpe, 1965.
- FERNÁNDEZ MURGA, Félix, «El sacco de Roma en los escritores italianos y españoles de la época», *Actas del Coloquio Interdisciplinar «Doce consideraciones sobre el mundo hispano-italiano en tiempos de Alfonso y Juan de Valdés»* (Bolonía, Abril 1976), M. Sito Alba (ed.), Roma, Instituto Español de Lengua y Literatura, 1979, 39-72.
- FROLDI, Rinaldo, «Reconsiderando el teatro de Juan de la Cueva», *El teatro en tiempos de Felipe II. Actas de las XXI Jornadas de teatro clásico (Almagro, 7-9 julio 1998)*, Almagro, Universidad de Castilla-La Mancha, 1999, 15-30.
- GUERRIERI CROCKETT, Camillo, *Juan de la Cueva e le origini del teatro spagnuolo*, Torino, Giuseppe Gambino, 1936.
- GUICCIARDINI, Francesco, *Istoria d'Italia*, vol. IV, Milano, Edoardo Sonzogno editore, 1875.
- HERMENEGILDO, Alfredo, *El teatro del siglo xvi*, vol. 15 de *Historia de la Literatura Española*, Ricardo de La Fuente (dir.), Madrid, Júcar, 1994.
- ICAZA, Francisco A. de, prólogo a Juan de la Cueva, *Comedias y tragedias*, Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1917, vol. I.
- JIMÉNEZ DE QUESADA, Gonzalo, *El Antijovio*, G. Hernández Peñalosa (ed. y presentación), J. Eliécer Ruiz (pról.), M. Ballesteros Gaibrois (est. prel.), Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1991, 2 vols. [1ª ed. 1952].
- GIOVIO, Paolo, *La prima [e seconda] parte delle Historie del suo tempo del Mons. Paolo Giovio tradotte... Lodouico Domenichi*, Venetiis, Comin de Trino di Monferrato, 1557-1558, 2 vols.
- IOVII, Paolo, *Novocomensis, Episcopi Nucerini, Historiarum sui temporis tomi duo*, Argentorati, Agustin Frisio, 1555-1556, 2 vols. in 8º (otra ed. en Lutetiae Parisiorum, Michael Vascosani, 1558-1560).
- JOVIO, Paolo, *Historia general de todas las cosas sucedidas en el mundo en estos cinquenta años de nuestro tiempo... escrita en lengua latina por el doctísimo Paolo Iovio...*, traducida de latín en castellano por el licenciado Gaspar de Baeça, Salamanca, en casa de Andrea de Portonariis, 1562-1563, 2 vols. in folio en dos partes (la 2ª parte en 1563); reed. como [Primera] y segunda parte de la

- historia general de todas las cosas sucedidas en el mundo en estos cincuenta años de nuestro tiempo... , Granada, en casa de Antonio de Librixa, 1566 (2 tomos, 1 vol. in folio).
- , *Libro de las historias y cosas acontecidas en Alemania, España, Francia, Italia. Flandres, Inglaterra... y en otros reinos y señoríos, comenzando del tiempo del papa León y de la venida de... Carlos quinto en España, hasta su muerte. Compuesto por Paulo Iovio... traducido en romance castellano por por Antonio Joan de Villafranca, médico valenciano, y por el mismo añadido lo que faltaba en Iovio hasta la muerte del invictísimo Emperador Carlos quinto*, Valencia, Joan Mey, 1562.
- LYNCH, John, *España bajo los Austrias*, Barcelona, Península, 1973, 2 vols.
- LONGHURST, John E., *Alfonso de Valdés and the Sack of Rome*, Albuquerque, New Mexico Press, 1952.
- MEXÍA, Pedro, *Historia del Emperador Carlos V*, Juan de Mata Carriazo (ed.), Madrid, Espasa-Calpe, 1945.
- MILANESI, Carlo, *Il Sacco de Roma. Narrazioni dei contemporanei*, Firenze, G. Barbera, 1867.
- MORBY, Edwin S., *The Plays of Juan de la Cueva*, Diss., Univ. of California, 1936.
- , «The influence of Senecan Tragedy in the Plays of Juan de la Cueva», *Studies in Philology*, 34 (1937), 383-391.
- PARKER, Geoffrey, *The Army of Flanders and the Spanish Road. 1567-1659*, Cambridge, University Press, 1972.
- PASTOR, Ludovico von, *Historia de los papas en la época del Renacimiento y de la Reforma, desde la elección de León X hasta la muerte de Clemente VII*, versión de la 4ª ed. alemana por R. P. Ramón Ruiz Amado, vols. IX y X, vol. IX (Adriano VI y Clemente VII, 1522-1534), Barcelona, G. Gili, 1952.
- REIFFENBERG, Barón de (ed.), «Coppie des nouvelles que le josne Montrichart a apporté de Rome anno 1527», *Bulletin de l'Académie Royale de Sciences et Belles Lettres de Bruxelles*, X, Parte II, 11 (1843), 477-482.
- RODRÍGUEZ VILLA, Antonio, *Memorias para la historia del asalto y saqueo de Roma en 1527 por el ejército imperial, formadas con documentos originales, cifrados e inéditos en su mayor parte*, Madrid, Imp. de la Biblioteca de Instrucción y Recreo, s. a. 1875.
- , *Italia desde la batalla de Pavía hasta el sacco de Roma*, Madrid, L. Navarro, 1885.
- SANTA CRUZ, Antonio de, *Crónica del emperador Carlos V*, Madrid, Imp. Patronato de Huérfanos, 1922, 2 vols.
- SCELFO MICCI, María Grazia, «Riflessioni sul teatro nazionale di Juan de la Cueva», *Quad. del Dipartimento di Linguistica, Univ. della Calabria*, 9 (1993), 111-127.
- SCHULZ, Hans, *Der Sacco di Roma. Karls V. Truppen in Rom (1527-1728)*, Halle,

- Niemeyer, 1894, *Hallesche Abhandlungen zur neueren Geschichte*, vol. XXXII.
- SITO ALBA, Manuel, «El teatro en el siglo XVI (desde finales de la Edad Media a comienzos del siglo XVII)», *Historia del teatro en España. 1. Edad Media, Siglo XVI, Siglo XVII*, J. M^a Díez Borque (dir.), Madrid, Taurus, 1983, 330-331.
- VIAN HERRERO, Ana, *El 'Diálogo de Lactancio y un arcidiano' de Alfonso de Valdés, obra de circunstancias y diálogo literario. Roma en el banquillo de Dios*, Toulouse, Presses Universitaires de Toulouse-Le Mirail, CNRS, 1994.
- , «Versos europeos del Saco de Roma: subgéneros y significaciones de una poesía noticiera», en *Milseiscientos dieciséis* 1616, 10 (1996), 141-152.
- , «La Europa del Saco de Roma y el *Diálogo de Lactancio y un arcidiano* de Alfonso de Valdés», *Los Valdés. Pensamiento y Literatura*. Actas del seminario celebrado en Cuenca, Universidad Menéndez Pelayo, 2-4 Diciembre 1991, M. Á. Pérez Priego (dir.), Cuenca, Instituto Juan de Valdés, 1997, 183-212.
- , «Le Sac de Rome dans la poésie historique hispano-italienne: discours politiques et modalités littéraires», *Les discours sur le Sac de Rome de 1527. Pouvoir et Littérature*, A. Redondo (dir.), Paris, Presses de la Sorbonne Nouvelle, 1999, 83-102.
- , «Una literatura para la Historia: La prosa noticiera española y europea del saqueo de Roma», *La Historia en la literatura hispánica, Studi Ispanici*, vol. monográfico, 2005a, 11-44.
- , «El Sacco di Roma en diálogos italianos y españoles: aportaciones de los diálogos a noticia a la fantasía literaria renacentista», *Nápoles-Roma. Cultura y literatura española y portuguesa en Italia en el Quinto centenario de la muerte de Isabel la Católica*, Salamanca, SEMYR-CERES de la Universidad de Kiel, 2005b, 65-94.
- , «*Comedia del saco de Roma* de Juan de la Cueva: la defensa del orgullo nacional y los materiales historiográficos de Paolo Giovio», *El Siglo de Oro en escena. Homenaje a Marc Vitse*, O. Gorsse y F. Serralta, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail-Consejería de Educación de la Embajada de España en Francia, 2006, *Anejos de Críticón*, 17, 1071-1089.
- , «Ferrante Gonzaga en la *Comedia del saco de Roma* de Juan de la Cueva», *En buena compañía. Estudios en honor de Luciano García Lorenzo*, J. Álvarez Barrientos, Ó. Cornago Bernal, A. Madroñal Durán, C. Menéndez Onrubia (coords.), Madrid, CSIC, 2009, 773-786.
- WARDROPPER, Bruce W., «Juan de la Cueva y el drama histórico», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 9 (1955), 149-156.
- WATSON, Anthony, *Juan de la Cueva and the Portuguese Succession*, London, Tamesis, 1971.